

— ¡Obedeceremos, obedeceremos!

— ¡Escuchadme, pues! La ciudad será totalmente reedificada, se abrirán al público los jardines de Lúculo, de Mecenas, de César y de Agripina. Mañana se empezará una abundante distribución de grano, de aceitunas y de vino, en tales proporciones que cada uno de vosotros tendrá de sobra. El emperador dará espectáculos como no se han visto hasta ahora, durante los cuales se prepararán para vosotros banquetes y reparto de regalos. Después del incendio os encontraréis más ricos de lo que fuisteis antes.

Un murmullo de aprobación acogió tales palabras y se difundió desde el centro en todas direcciones, como los círculos concéntricos que se forman en el agua al caer en ella una piedra. Los que estaban más cerca repitieron á los más apartados el breve discurso, y así sucesivamente. Se oyeron gritos de cólera y aplausos, y por último una exclamación unánime: *Panem et circenses!* (Pan y espectáculos.)

Petronio se envolvió de nuevo en la toga y escuchó inmóvil, semejante á una estatua de mármol. La gritería aumentaba, superando en fuerza al continuo crujir y silbar del viento y de las llamas, llegando hasta él desde los puntos más lejanos. Era evidente que tenía aún que decir algo al pueblo, pues éste no se movía. Por fin, logrado otra vez el silencio, dijo:

— Os he prometido pan y espectáculos; pero debéis ahora aplaudir á César, que os nutre, os viste y os proporciona diversiones; y luego, amado pueblo mío, debéis retiraros todos á descansar, pues ya se acerca el nuevo día.

Dicho esto, hizo dar media vuelta al caballo, y abriéndose paso otra vez con su bastoncito, cruzó lentamente á través de las filas de los pretorianos, llegando en poco tiempo al acueducto. Cuando subió, los encontró á todos poseídos del terror, no se había entendido el grito de *panem et circenses* y se temía una nueva explosión del furor popular. Nerón y su séquito habían perdido la esperanza de volver á ver á Petronio sano y salvo; así, pues, cuando César advirtió que llegaba, se apresuró á salir á su encuentro, y con el rostro pálido de espanto, le preguntó:

— Pero ¿qué hay de nuevo? ¿Tendremos guerra?

Petronio lanzó un suspiro de alivio y dijo:

— ¡Por Pólux! ¡Cómo sudan! ¡Y qué mal olor despiden! ¡Dadme un poco de perfume, de lo contrario voy á perder el sentido!

Después se dirigió á Nerón:

— Les prometí aceitunas, grano, vino, la apertura de los jardines y juegos. Te adoran otra vez y aúllan en tu honor. ¡Dioses, dioses, cómo apesta esa plebe!

— Yo tenía prontos á los pretorianos, exclamó Tigelino, y si no se hubiesen llamado con tus palabras, hubieran acabado por callar para siempre. ¡Lástima, César, que no me hayas permitido usar la fuerza!

Petronio le miró, se encogió de hombros y dijo:

— ¡La felicidad no es un nombre vano! Quizá mañana mismo puedas realizar tus deseos.

— ¡No, no!, exclamó César. Ordenaré la apertura de los jardines y la distribución del grano. ¡Te lo agradezco, Petronio!.. Daré espectáculos y cantaré en público mi himno de este día.

Puso una mano sobre el hombro de Petronio, y le preguntó de pronto:

— Dime sinceramente, ¿qué te parecí durante mi canto?

— ¡Me pareciste digno de esta tremenda escena, y la escena digna de ti!, respondió Petronio.

— Mirémosla una vez más, añadió Nerón contemplando el incendio, y digamos ¡adiós! á la antigua Roma.

## XLVII

Las palabras del apóstol inspiraban alguna confianza á los cristianos, los cuales consideraban el fin del mundo como muy próximo, pero no inminente, y esperaban vivir lo bastante para asistir al fin del reinado de Nerón, que era á sus ojos el reinado de Satanás, y á la expiación de todos sus horrendos pecados. Algo más consolados se separaron y salieron en busca de sus habitaciones, la mayor parte de ellas provisionales. Algunos llegaron hasta el Trastevere, porque habían oído decir que, á consecuencia de haber cambiado la dirección del viento, el fuego avanzaba de nuevo hacia el río.

También el apóstol dejó el subterráneo, seguido de Vinicio y de Quilón. El joven tribuno no se atrevía á distraer á Pedro durante sus oraciones, y por esto iba detrás de él silencioso, implorando piedad con la mirada y temblando de ansia. Muchos se acercaban al apóstol para besarle los pies ó la punta del manto; las madres le presentaban sus criaturas; algunos se arrodillaban á su paso y le pedían la bendición; otros, marchando á su lado, cantaban sagrados himnos, de modo que Vinicio no podía hacerle pregunta alguna.

Cuando llegaron á las calles más anchas, desde donde se veía el incendio, Pedro bendijo por tres veces á los que le acompañaban, y luego, dirigiéndose á Vinicio, le dijo cariñosamente:

— No temas, estamos cerca de la cabaña del cantero; allí encontraremos á Lino, á Licia y á su siervo fiel; Cristo, que la ha destinado para ti, la custodia.

Vinicio vaciló y apoyó la cabeza contra el muro. La precipitada carrera desde Anzio, los episodios fuera de las murallas de la ciudad, la ansiosa busca de Licia en medio de las casas incendiadas, la privación del sueño y su tremenda angustia le habían extenuado. La noticia de que su amada vivía y no lejos de allí, y que volvería á verla pronto, le quitó las pocas fuerzas que le quedaban. Cayendo á los pies del apóstol, le abrazó las rodillas y permaneció largo rato en esta postura, sin poder proferir una sílaba.

— ¡No á mí, sino á Cristo debes mostrar tu gratitud!, le dijo Pedro, tratando de sustraerse á las pruebas de reconocimiento de Vinicio.

— ¡Qué Dios tan bueno!.., exclamó Quilón; pero ¿qué debo hacer entretanto con aquellos dos asnos que nos esperan?

— Levántate y ven conmigo, ordenó Pedro al tribuno.

Vinicio se puso en pie. Silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas, y sus labios se movían como murmurando una oración.

— ¡Vamos!, respondió.

Pero Quilón volvió á preguntar:

— ¿Y qué hago con aquellos dos animales que nos esperan? ¿Quizás preferiría montar uno el digno profeta mejor que caminar?..

Vinicio no sabía qué responder; pero recordando que la cabaña del cantero estaba cerca, contestó:

— ¡Pues devuélveselos á Macrino!

— Perdóname, señor, si te recuerdo que me has prometido una casa; pero ante el enorme incendio que presenciamos resulta tan pequeña esa oferta, que podría fácilmente olvidarse.

— ¡No! La tendrás.

— ¡Oh, sobrino de Numa Pompilio! Yo no me atrevía á dudarlo; pero ya que tenemos como testigo al excelente profeta, quiero recordarte también que, además de la casa, me prometiste una viña. *Pax vobiscum! Pax vobiscum!*

— ¡La paz sea contigo!, le respondieron Pedro y Vinicio, los cuales volvieron á la derecha, dirigiéndose hacia las colinas.

Por el camino dijo Vinicio:

— Maestro, purifícame con el agua bautismal, para que pueda llamarme verdadero cristiano. Si accedes, estoy pronto. Haré cuanto me ordenes; manifiéstame tu voluntad.

— Ama á tu prójimo como á ti mismo; sólo amándolo así, podrás servir á Cristo.

— Lo sé; en mis primeros años creía en los dioses romanos, aunque no los amaba. En cambio, amo ahora al Dios único y verdadero hasta el punto de dar por Él la vida.

Después, mirando al cielo, dijo extasiado:

— Porque sólo Él es bueno, sólo Él misericordioso! Derrúmbese la ciudad entera y perezca el mundo: yo siempre le adoraré y seguiré sus santas leyes.

— Y Él te bendecirá, y contigo á todos los tuyos.

En esto habían penetrado en otra calle subterránea, á cuyo extremo se veía brillar una luz muy débil. Pedro, señalando, dijo:

— He ahí la cabaña del cantero que nos asiló cuando volvimos del Ostriano con Lino enfermo y Roma quedó envuelta en llamas.

Anduvieron breves instantes y llegaron al sitio señalado. Más que una cabaña parecía aquel asilo una gruta, una excavación en la colina, protegida por una pared de cañas. La entrada estaba cerrada, pero desde una hendedura podía verse el interior. Una voz masculina preguntó desde la ventana:

— ¿Quién hay?

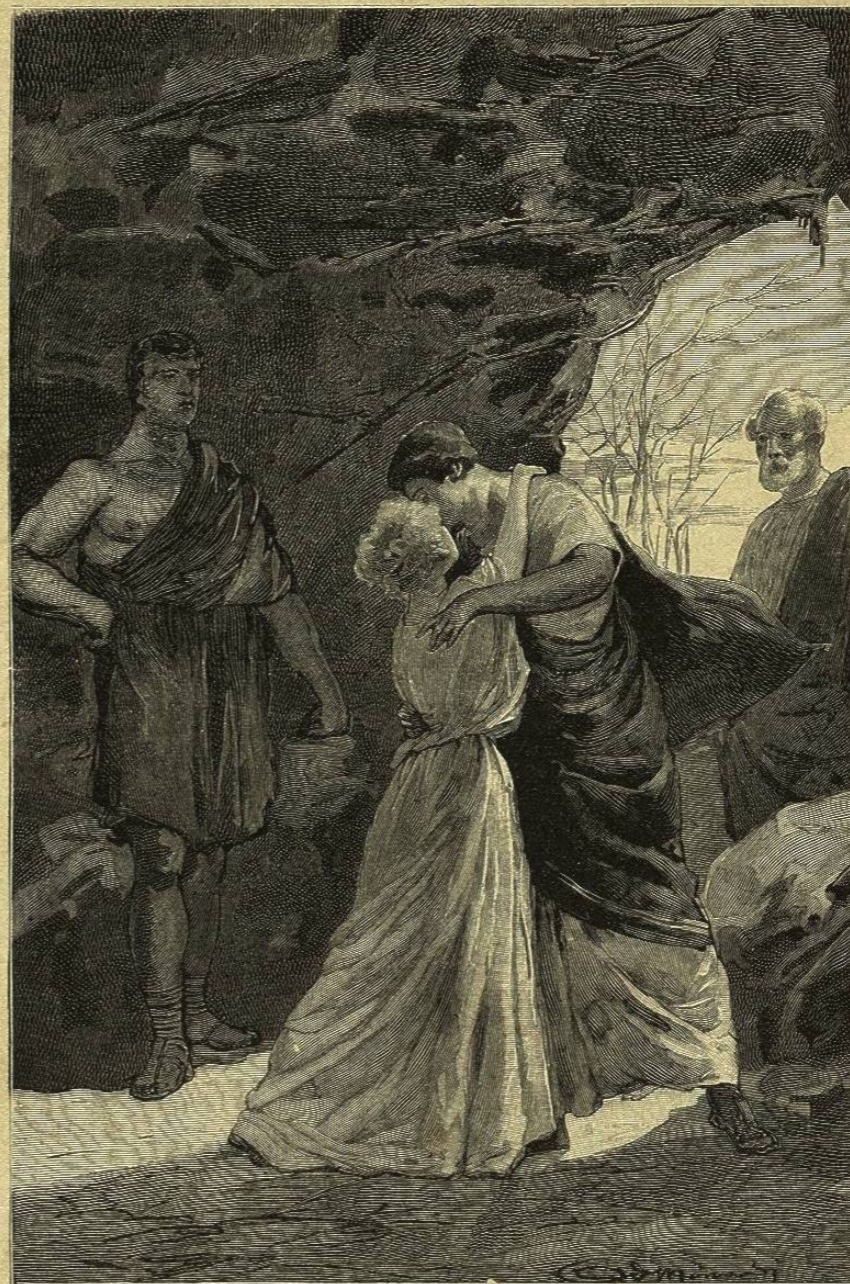
— Siervos de Cristo, respondió Pedro. La paz sea contigo, Ursus.

Ursus se inclinó profundamente ante el anciano. Luego, reconociendo á Vinicio, le cogió una mano y se la besó.

— ¡Oh, señor! ¡Bendito sea el divino Cordero, por la alegría que proporcionarás á Calina!

Entraron todos. Sobre un lecho de paja yacía Lino, seco y pálido. Junto al fuego hallábase sentada Licia, entretenida en sacar peces de una red; creyendo que no había entrado más que Ursus, no se volvió siquiera al oír el rumor de pasos.

Vinicio entonces se acercó, y llamándola por su nombre le tendió los brazos. Ella se levantó radiante de felicidad y se precipitó en brazos de Vinicio, sin pronunciar palabra, como un niño que, después de las dolorosas ansias de una larga separación, vuelve á ver á sus padres amados. Él la abrazó y la atrajo hacia su pecho con verdadero arrobamiento, convencido de que volvía á encontrarla por un milagro. Después cogió dulcemente la graciosa cabeza de la joven, besándole la frente y los ojos, y abrazándola de nuevo, pronunciaba su nombre de continuo y le cubría de ardientes besos las blancas manos; su felicidad no podía ser superada



Y se precipitó en brazos de Vinicio, sin pronunciar palabra

más que por su inmenso amor. Le refirió cómo había huído de Anzio, cómo la había buscado luego desesperadamente y cómo había temblado y sufrido antes de encontrarse con el apóstol.

— Y ahora que he vuelto á encontrarte, no te dejo más tiempo cerca del incendio y del pueblo furibundo. Se matan unos á otros; los esclavos se han rebelado y saquean la ciudad. Sólo Dios sabe lo que aún espera á Roma. Pero yo quiero salvarte y contigo á todos los demás. Amor mío, vámonos todos á Anzio, donde encontraremos algún buque que nos conduzca á Sicilia. Lo mío es también tuyo; tuyas son mis casas. En Sicilia encontraremos á Aulo. Yo mismo quiero entregarte á Pomponia para recibirla luego de sus manos. Ya no debes temerme; Cristo no me ha lavado aún de mis pecados, lo sé; pero pregunta á Pedro si es ó no verdad que yo, viniendo hacia aquí, le he manifestado mi deseo de recibir inmediatamente el bautismo. ¡Créeme, créeme, amor mío!

Licia escuchó con el rostro radiante de satisfacción aquellas palabras. Ya mucho antes, á causa de las persecuciones por parte de los hebreos, y ahora á causa del incendio y de los disturbios consiguientes, los cristianos vivían en incertidumbre y ansia continuas. Por esto el viaje á Sicilia ponía término á todo peligro y les abría una era de paz y de felicidad. Si Vinicio hubiera propuesto que con él partiese sólo Licia, ésta seguramente hubiera resistido á la tentación de seguirle, deseando permanecer al lado de Pedro y de Lino; pero puesto que Vinicio había dicho: «Vámonos todos,» la joven se inclinó, y besándole la mano en señal de agradecimiento, le respondió:

— ¡Donde estás tú, Cayo, estoy yo, Caya!

Y notando en seguida que había usado palabras que la costumbre romana consentía sólo en el acto del matrimonio, se ruborizó profundamente y se volvió hacia el fuego con la cabeza baja, temiendo que Vinicio pensase mal de ella. Pero en el rostro del tribuno se leía únicamente la más ilimitada adoración. Volviéndose á Pedro, continuó:

— Roma arde por orden de Nerón. Cuando estábamos en Anzio, lamentábase de no haber visto nunca un incendio grandioso. Si este delito no le pareció monstruoso, ¿qué puede ocurrir á continuación? ¿Quién sabe si no ha ordenado ya á sus tropas que conviertan á Roma en un lago de sangre! ¿Quién sabe qué disposiciones se tomarán aún! ¿Quién sabe si no habrán de sufrirse las consecuencias del incendio, la guerra civil, la matanza ó el hambre! Por esto os suplico que os escondáis y que me ayudéis á poner en salvo á nuestra Licia. Una vez allí, esperaréis á que haya cesado este horrible huracán, y entonces vendréis todos aquí á esparcir vuestra preciosa semilla.

Como justificando sus temores, por la parte del Vaticano se oyeron resonar aullidos de terror. Inmediatamente después llegó corriendo el cantero, el dueño de la cabaña, y cerrando apresuradamente la puerta, exclamó:

— Los esclavos y los gladiadores han atropellado á los ciudadanos. El Circo de Nerón está convertido en un verdadero lago de sangre.

— ¿Oís?, dijo Vinicio.

— Esto rebasa toda medida, observó el apóstol. Seguirán á esta desgracia infinitas tribulaciones. Coge á la doncella que Dios te concede y sálvala. Lino y Ursus pueden seguirnos también.

Vinicio, que había llegado á querer al apóstol con todo el entusiasmo de su alma juvenil, exclamó:

— ¡Te juro, maestro, que no te dejaré aquí, expuesto á todos los peligros!

— Dios te bendiga por tu buena voluntad, respondió Pedro. Pero ¿no sabes tú que el Divino Maestro me dijo tres veces: «Cuida de mis ovejas?»

Vinicio no respondió.

— Si tú, á quien nadie me confió, no quieres dejarme aquí solo y expuesto á los peligros, ¿puedes creer que debo abandonar á mi grey en los días del dolor? Cuando la tempestad estallaba sobre el lago y temblábamos por nuestra vida, Él no nos abandonó. Y yo, su discípulo, ¿no he de seguir su ejemplo?

Lino entonces, levantando su descarnada cabeza, preguntó también:

— ¿Y por qué no he de seguir tu ejemplo, oh Nuncio Divino?

Vinicio se pasó la mano por la frente, como luchando con alguna decisión. Después, cogiendo á Licia por una mano, empezó á hablar en un tono de voz que denunciaba toda la energía del guerrero romano:

— Escuchadme, Pedro, Lino y tú también, Licia, dijo. Yo hablé como me dictaba un raciocinio humano; pero vosotros os guiáis por otro criterio que no se cuida de los peligros, sino que tiende sólo á observar las leyes divinas. Yo estaba en un error, porque de mis ojos no ha sido arrancada la venda que los tapaba, y se agita en mi espíritu mi antigua naturaleza. Pero amo á Cristo, quiero ser su siervo fiel, y aunque vea en peligro algo que me es más querido que mi propia existencia, me arrodillo ante ti y juro que me atendré á las leyes del amor, que me mandan no abandonar á mis hermanos en la hora de la desolación.

Diciendo esto, se postró en tierra con una especie de mística exaltación. Después, levantando los ojos y las manos, exclamó:

— ¡Yo te comprendo, Cristo! ¿No soy aún digno de ti?

Le temblaban las manos, las lágrimas le velaban los ojos. Pedro cogió un bocal de tierra lleno de agua, se acercó al joven y pronunció en tono solemne estas palabras.

— ¿Ves? ¡Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

Todos quedaron arrobados en éxtasis divino. De pronto pareció que una luz sobrenatural iluminaba la pobre estancia y que una música celeste resonaba allí dentro. Las rocas que, amenazadoras, se extendían sobre la gruta, parecieron henderse y á través de ellas descendían grupos de ángeles cantando himnos en alabanza del Señor, mientras Éste aparecía sobre una cruz y sus manos heridas por los clavos se movían en acto de bendecir.

En cambio, fuera de la cabaña, incendio y asesinatos.